

El conjunto es un extraño y hermoso libro, que se lee y relee con renovado placer, descubriendo en él cada vez nuevas sugerencias. Y ello, no sólo por la sutileza estilística —la frase es muy a menudo breve y siempre es certera, hasta en los pasajes de ensoñadora vaguedad— sino también y sobre todo por la virtud descubridora del artista, que sabe explorar en las cosas y en el alma humana, en sus reacciones, en sus desvelos, en sus sueños y en sus amaneceres y en ningún momento resulta excesivo, nunca fatigante.

* * *

VÍCTOR PÉREZ PETIT, *Los modernistas*.—Montevideo, Edición Nacional, 1943. 468 pp.

Esta notabilísima obra se destaca por la densidad de su cultura, así como el nítido enfoque valorativo que el autor ha sabido darle. Trátase de la tercera edición, que aparece formando el tomo VII de las *Obras completas* de Pérez Petit, editadas oficialmente. La primera edición se publicó en 1903. Al ordenar la tercera, el autor ha corregido notablemente los capítulos y suprimido la parte dedicada a Rubén Darío, que —ampliada— formará todo un tomo, próximo a publicarse con el título de *Heliópolis*. Los ensayos que forman el presente tomo, *Los modernistas*, habían sido publicados en la *Revista Nacional*, que a fines del siglo pasado dirigían Rodó, Pérez Petit y los hermanos Martínez Vigil, revista de gran significado en la renovación de la literatura uruguaya.

Los capítulos de *Los modernistas*, en esta tercera edición, desarrollan los siguientes temas: La lírica en Francia, Henrik Ibsen, Gerhart Hauptmann, Gabriel d'Annunzio, León Tolstoy, Paul Verlaine, Eugenio de Castro, Augusto Strindberg, Basilio Yackchakof, Stéphane Mallarmé, Oscar Wilde, Walt Whitman, Friedrich Nietzsche, Enrique Gómez Carrillo, Gustavo Kahn y Maurice Maeterlinck. Este conjunto tan complejo ha permitido a Pérez Petit poner a prueba —gallardamente— sus dotes de investigador y su claridad en la percepción valorativa. Autores de tan diversa inspiración, aparecen unidos en la fiebre de su renovación, de su lucha, de su fe creadora. La amplia erudición del ensayista aparece acrecentada por la virtud de un estilo rico y sugerente, que en más de una ocasión —como, por ejemplo, en el comienzo del capítulo dedicado a Verlaine— llega a admirables estampas poemáticas, de fino sentido estético. He aquí un libro que se lee con placer y provecho, que constituye a la vez, obra de consulta y de meditación, de evocación y de contemplación estética.